



ADARCA EXISTENTE EN LA ARMERÍA DE MADRID.

He aquí la descripción que de este objeto encontramos en el es-  
cuinte catálogo de la Armería que acaba de publicarse:

\* Actual: campo dividido como en cuatro cuarteles: en uno de  
los superiores se vé un ejército de guerreros castellanos con el pen-  
dón de Castilla y León, poniendo en huida al ejército moro granadi-  
ño; en el otro van entrando en Granada los reyes Católicos y sus  
tropas por una puerta, mientras que Boabdil y su madre salen por  
otra. En el cuarte inferior derecho desembarca Carlos V y su ejército  
en Africa con dirección á la jornada de Túnez: la figura armada  
del emperador y su caballo fardado están copiadas exactamente del  
cuadro del Ticiano que se halla en el Museo de pinturas con el nú-  
mero 683; en el cuarte que queda se representa la batalla naval de  
Lepanto, en una de cuyas naves está de pie D. Juan de Austria, y á  
un lado se vé á Felipe II sentado bajo de un dosel, teniendo delante  
de sí dos guerreros arrodillados que le presentan palmas de victoria.  
En el centro de la adarga hay un óvalo en que se distinguen los obje-  
tos siguientes: dos ibis coronadas, una serpiente con alas, un sapo  
muerto, una corona de espinas, y un listón ó cinta con la inscripción

látina SEN. H. SPES VNI. SEX. OCT. Olla con varios adornos y cuatro es-  
bezas de leones. Todo la descrito está hecho de plumas de colores,  
constituyendo un verdadero *mosaico animal*; por lo que, y por la  
prolijidad del trabajo y ejecución, es una de las piezas mas raras é  
interesantes en su género.

Hemos examinado detenidamente esta adarga, y creemos que ha  
debido pertenecer á Felipe II, según la explicación que se nos ocu-  
re del emblema contenido en el centro. Dice la mitología que todas  
las primaveras salian de la Arabia multitud de serpientes aladas que  
iban á caer sobre Egipto, cuya destrucción hubieran causado si las  
ibis no las mataran, como igualmente á los demás insectos ponzoño-  
sos y reptiles inmundos. Por esto dichas aves eran allí reverencia-  
das. La serpiente alada de la adarga representa la heregia que ame-  
nazaba caer sobre España y sus estados de Flandes: está mordiendo  
la corona de espinas en que aparece simbolizado el cristianismo: las  
dos ibis coronadas representan: la mayor á Carlos V, que ya habia  
peleado contra los sectarios de Lutero, viendo á la menor, que es  
Felipe II, sometiendo al monstruo y matándole: el sapo muerto es  
30 DE JUNIO DE 1850.

la representación de la ponzoña que se supone vertía la serpiente; la leyenda latina *SERPS SPES VSA SERRICE*, «una esperanza es el báculo de la senectud», y parece manifestar que Carlos V, después de haber combatido por su parte á la herejía, había entregado el cetro á Felipe, y fiaba en que triunfaría de los herejes, esperanza que sustentaba la vejez del padre viendo la dura y cruel persecución sostenida por el hijo.

## DI QUID PRO QUO.

No contamos un cuento: referimos un hecho en toda su sencilla verdad, tal cual salió de la boca del editor responsable, que es un boyero. Aquel á quien usaba la fuente, el chorro y el recipiente, esto es, el boyero, su relación y el beneficiario que va á poner en obra de molde lo que recogió, que no sea, puesto que si supiéramos que ibamos á ser leídos con provisión, se tornaría la ligera y ágil pluma que tenemos en la mano en un pesado é inamovible barón.

Hay en uno de los pueblos de Andalucía, que alza sus blancas casas bajo un cielo que crió Dios solo para cobijar á España, desde Despeñaperros hasta la ciudad que defendió Guzman el Bueno, un convento, abandonado como todos, gracias al progreso de las ruinas. Situado sobre una elevación del terreno al fin de una ancha y solitaria calle, á la que dió su nombre de San Francisco, es hoy mas propiamente que nunca, la última casa del lugar. Eleva el convento su grandiosa puerta hacia el pueblo, y estendiendo su lujuria en el campo. Hubo en esta huerta muchas palmeras; hay ancianos que las recuerdan; pero solo quedan dos, unidas como hermanas. Hubo en el convento muchos religiosos; pero ya no queda sino uno solo! Las palmas se apoyan una en la otra: el religioso en la caridad de los fieles. Todos los martes viene á decir una misa en aquella magnífica iglesia abandonada, que ya no tiene campana para llamar á los fieles. ¡No hay voces con que expresar los sentimientos que inspira el ver en este suntuoso templo al venerable anciano ofrecer en silencio y soledad el augusto sacrificio! No puede uno menos de figurarse que aquel sagrado recinto está lleno de espíritus celestes, entre los cuales solo el sacerdote está visible.—La iglesia es de una altura portentosa, y tan apaciblemente alegre que parece que solo se edificó con el fin de que en ella resonase el sublime himno del *Te Deum* y el no menos sublime cántico del *Gloria*.—El altar mayor, primorosamente esculpido en el género Churriguerosco, deslumbra con la multitud de flores, frutas, guirnaldas y cabezas de ángeles dorados, que ostenta con tal profusión y tal brillo, que prueba que al labrarlo, no entraron en cuenta ni el tiempo ni el gusto.—¿Para qué sirve el oro hoy en día? ¿para qué el tiempo? ¿empléase mejor? El que nos afirma que sí, tendrá el lauro de convencernos de que fue acertada la supresión de los conventos. Mientras no, floraremos sobre aquel grandioso coro, aquellas ricas capillas, aquel soberbio tabernáculo, fijo y vacío como el corazón del incrédulo. ¡La incredulidad! Ella es el gran triunfo que logra la materia sobre el espíritu; la tierra sobre el cielo, el ángel apóstata sobre el ángel de luz.

La plazuela que separa el convento de la ancha calle que á él conduce, está cubierta de yerba: allí sueñan los carreteros sus bueyes en horas de descanso. Al entrar en el campés, en lugar de escalones, se sube una pequeña cuesta terraplenada; á los lados sostienen la tierra unos puyas de mampostería, al frente está la puerta de la iglesia: á la derecha una capilla de la orden de los terceros; á la izquierda se sigue para buscar la portería.

Lector, si eres afecto á las cosas de nuestra vieja España, acude aquí. Aquí aun está en pie la iglesia; aun vegetan sin cultivo las dos palmas; aun existe un fraile franciscano, que dice misa en la coqueta iglesia: aquí aun hay boyeros que refieren sucesos, en los que se aparece lo religioso y lo festivo con esa buena fé y sanidad de corazón del niño que juega con las veneradas cosas de su padre, sin creer por eso que le falta el respeto. Pero acude pronto, porque antes de mucho desaparecerá todo esto y habremos de llorar sobre ruinas, á las que lo pasado prestará toda su magia, como para vengarnos.

El tercer día de la semana brillaba puro y alegre, ignorando sin duda la calidad de aciago que le prestan los hombres, y muy ageno de que un refrán su enemigo le quiera privar del placer de ser testigo de bodas y enbarránes. Un martes, pues, ageno de toda influencia ó mala hostil, como si fuese un domingo, subía la calle de San Francisco una señora, que es la que nos ha referido lo que vamos á contar. Se dirige al convento vacío para oír la misa de los martes, en la que Dios iba á llenar aquel templo abandonado con su augusta magestad. Cuando llegó, aun no había venido el sacerdote, y la iglesia estaba todavía cerrada. Sentóse en el campés sobre uno de

los puyos de mampostería, entre tanto que llegaba el padre. La mañana estaba tan fresca que hacia dulces los rayos del sol. Al frente de ella veía descolgar las palmeras como dos nobles gemelas que llevaban sin doblarse ni humillarse su persecución y abandono. Los bueyes tendidos en la plazuela roncaban pausadamente, y tan inóviles que se posaban los pajarillos en sus astas. Las lagortijas se paseaban por las paredes de que eran dueñas absolutas, en un vergel de alcázaros, de rosadas flores y de parietarias, mirándolo todo con sus grandes é inteligentes ojos. En el esmalte del cielo... (¡ual decíamos: ¿quién hace un esmalte que se parezca á ese cielo?) vagaban blancos y ligeros celajes, como el humo de un puro sacrificio en gloria del Altísimo. Era una mañana en que era dulce el vivir: tanto hacia olvidar la naturaleza los estrechos círculos con que nos agitamos con afán, y en los que el vivir es una fatiga.

Dos boyeros se sentaron en el mismo poyo que la señora. Un andaluz no se corta nunca el sol puede eclipsarse: la serenidad de un andaluz no se eclipsa en la vida de Dios. El sultan Harum-Arabschid, si hubiese reinado en Andalucía, hubiera podido ahorrarse los diafraces de que usaba para mezclarse entre su pueblo y sin imponerle cortadía. No es debido esto á que menosprecie las superioridades este pueblo, no: es que si bien se quita el sombrero ante una superioridad, no agacha la cabeza. Así fué que aunque esa señora era una de las principales del pueblo, y aunque había otros asientos, aquel les pareció el mas honroso y en aquel se sentaron á platicar sin cuidarse de ser oídos.

En los países del norte la gente del campo es perfectamente buena y perfectamente estúpida: piensa poco y habla menos; pero en Andalucía el pensamiento vuela, y la palabra le sigue: pueden quedarse estas gentes sin comer y sin dormir dos días sin mayor molestia; pero callados dos minutos eso no puede ser. Si no tienen con quien hablar, cantan. Hombre, le dijo el uno al otro, no puedo mirar aquella capilla de los Terceros sin acordarme de mi padre que era hermano, y cuando yo era muchacho me traía aquí todas las noches á rezar el rosario que á la oración rezaban los hermanos.—¡Cristianitos! y qué hombre era tu padre! ¡ya no los hay de aquella casta!

—¿Qué ha de haber! Los hombres hoy por hoy son un hato de baraganes, sin mas devoción que la de San Rorro, patron de los borrachos.—Decía mi padre (en gloria esté) que desde la guerra de la guillotina del francés se torció el carro.—Pero vamos al caso: me contaba su merced un suceso acaecido en este convento.—Aunha toda la gente de este barrio á los frailes para que asistiesen á bien morir.—Hoy en día mas de cuatro se van al otro mundo como perros ó judíos.—Quedábase pues, todas las noches un padre valiente, y listo por sí lo requerían, é iba eso por turnos. Una noche que le tocó la vez á un padre muy conocido y bien querido en el pueblo, que se llamaba el padre Mateo, vinieron á llamar tres hombres á la portería, requiriendo á un religioso para que fuese á auxiliar á uno que se estaba muriendo. El portero avisó al padre Mateo, que bajó tan luego. Pero apenas se habia cerrado la puerta del convento, los tres hombres le dijeron que era preciso que á buena ó á mala se dejase vender los ojos. Al padre le hizo aquello una gracia como si le sacasen las muelas; pero ¿qué había de hacer el santo varón sino agachar las orejas? Porque aunque era un mocton como un triquete, que tenía buenos puños para defenderse, aquellos eran tres, era gente de bronca y venia armada. Además, tampoco podía su merced desatender á su ministerio, y solo Dios sabia cuáles eran las intenciones de los que lo llamaban. Así fué que se dejó vender y dijo: ¡á Roma por todo!

Nadie puede saber las calles que le hicieron andar: por esta me entro, por estotra me salgo, hasta que llegaron á un casachó, lo subieron por una escalera, lo empujaron en un cuarto y lo encerraron. Quitóse la venda, pero todo estaba oscuro como boca de lobo; oyó entonces un gemido hacia un rincón de la estancia. ¿Quién se queja? preguntó el padre Mateo.—Señor, yo soy, contestó una voz lastimera de mujer, aquí me tienen esos malvados, que me quieren matar despues que me haya puesto bien con Dios. ¡Esto es una infidelidad! Padre, por María Santísima, por la sangre de Cristo nuestro Señor, por los pechos que lo criaron, padre, sálveme V.

Hija, y ¿como podré yo salvarte? respondió el padre Mateo. ¿Qué puedo yo, solo, contra tres hombres, armados y sin clemencia?

En primer lugar desátame V., dijo acorrajada la mujer. El padre Mateo se puso á tientas, y como Dios le dió á entender, á desatar los nudos de las cuerdas que le ataban á aquella infeliz las manos y los pies; pero estaban apretados, no se veía, y el tiempo corria como si un toro corriese tras él.

Llamaron á la puerta. ¿No ha despaclado V., padre? preguntó uno de los hombres.

¡Ea! no dar prisa, contestó el padre, que tenía el corazón bien puesto; pero que no aceraba cómo salvar á aquella infeliz que temblaba como una azogada y lloraba como una fuente. ¿Qué hacemos? decía el pobre señor con dolida y asombrado. Como las mujeres: en

capaces de discurrir tretas hasta con un pié en el hoyo, discurrió esta esconderse debajo de los hábitos del padre Mateo, que como ya dije era un hombre que no cabía por esa puerta. Mal medio es, dijo su merced; pero á no haber otro, preciso es valerse de él, y salga el sol por Antequera!

Púscase cerca de la puerta, llevando á la mujer debajo de sus hábitos....—¿Acabó V., padre? preguntaban los desalmados aquellos.—Acabé, contestó el padre Mateo, al que no llegaba la camisa al cuerpo.—Señor, no me desampare V. ¡ gemía la mujer, mas muerta que viva.—¡Calla! Encomiéndate al Señor de los Desamparados, y sea lo que Dios quieral contestaba esto.—¿A vendarse, y ligero! dijeron los hombres, volviendo á cubrirle los ojos; y cerrando la puerta con llave, bajaron los tres escludando al padre, no fuese que intentase quitarse la venda y conocer el paraje en que se hallaban.

Después de dar las mismas vueltas y revueltas, se hallaron en la calle de San Francisco; entonces los tres á la vez echaron á correr y desaparecieron como por ensalmo. Apenas se hubieron ido, cuando le dijo el padre Mateo á la mujer:—Eh, ahora, hija mía, pon los pies en polvorosa, y vé dónde te escondas, que yo no puedo llevarle al convento. No me des las gracias, ama, á Dios que te ha librado; no te detengas, que aquellos foragidos, conforme se hallen que voló el pájaro, van á venir á asesinarme. Dicho esto, ella echó á correr, y el padre en tres zancadas se plantó en su convento. Conforme entró se fué á la celda del padre guardian y le contó cuanto le había pasado, añadiendo que aquella gente peca era que viniese al convento á preguntar por él.

No bien lo hubo dicho, cuando se oyó llamar á la puerta del convento. El guardian fué el que bajó y se presentó.—¿Qué se ofrece, caballeros? preguntó.—Acá venimos, contestaron, en busca del padre Mateo, que estaba ahora poco confesando á una mujer.—No hay tal: el padre Mateo no ha confesado esta noche á ninguna mujer.—¿Que no? ¡pues si se la ha bauido aquí por mas señas!—¿Qué estás diciendo, destengados? ¡Una mujer al convento! ¿cómo se entiende quitar de esa manera la estimación al padre Mateo é infamar al convento?—No, no, señor, no lo decimos con esa intención, sino que....—¿Sino qué? preguntó cada vez mas enojado el guardian.—¿Qué motivo honrado puede acaso haber para traer de noche una mujer al convento? Los hombres se miraron unos á otros.—Bien te dije yo, murmuró el uno, que esto no era cosa natural, sino milagrosa.—Si, sí, dijo otro: esto es obra de Dios ó del diablo.—Del diablo no, porque no se mata á impedir lo que le tiene cuenta.—Id con Dios, mal hablados, dijo en voz campanuda el guardian, y guardaos de acercaros á los conventos con malos fines, ni tender lazos, ni levantar calumnias á sus pacíficos moradores, que como el padre Mateo descansan tranquilamente en su celda; que nuestro Santo Patrono vela sobre nosotros.

—No te quede duda, dijo el mas sobrecogido de los tres: ha sido el mismo San Francisco que ha venido con nosotros para salvar con un milagro á aquella mujer.

—Padre Mateo, dijo el guardian cuando se hubieron ido; se han sobrecogido mucho y os han tomado por San Francisco. Mas vale así, pues son gentes temibles: están furiosos.

—Mucho me honran, contestó el padre Mateo; pero como vuestrá paternidad permiso para marcharme esta madrugada á un puerto de mar, y de allí en el primer barco que salga á las Indias, no sea que lo piensen mejor y me cuelguen á mí el milagro de San Francisco.

FERNAN CABALLERO.

## ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

### CUADRO SEGUNDO.

#### ¡Cuándo el río suena!

#### XII.

Recuerdos de una historia antigua.

Dejémos á Sotopardo dándose á todos los diablos en el castillo de las Peñas de San Pedro, mas que por la severidad de su prisión, que era bastante, aunque no toda la que por Real Orden se le había encargado al gobernador; mas desesperado, decimos, que por la severidad de su prisión, por la causa que le motivaba, y por la mano de donde tal golpe le venía; y habiémos, según nuestra costumbre, de otra cosa al parecer inconexa, pero en realidad íntimamente enlazada con el principal asunto de estos estudios.

El lector recuerda, sin duda, y si no se lo recordáremos nosotros, que Vargas tenía además de Matilde, dos hijas legítimas, habidas en su esposa la Camarista.

La primera de las dos cautivó por su belleza el afecto del conde de San Justo, quien habiéndola conocido en Cádiz, abandonado con su hermana y en la última indigencia, hizo de ella su esposa.—Laura, huérfana de madre desde sus primeros años, criada en poder de la mancha de su padre, víctima del mal carácter de la bastarda Matilde, y viendo padecer á su hermana Inés igual suplicio, aunque pudiera ser, no solo hija, sino hasta nieta del Conde, se apató su mano como un don del cielo, y fué, en efecto, condesa de San Justo, llevándose consigo, como era natural, á Inés. Vargas, que á su regreso de Manila había vuelto á enamorarse perdidamente de la Gitana, llevó, no ya la debilidad, sino la infamia, hasta el punto de abandonar á sus dos hijas legítimas, señalándolas una escasa pensión, que satisizo poco tiempo, para vivir así mas á sus anchas con Milagros y Matilde. Laura se casó uno ó dos años antes de terminarse la guerra de la independencia.

Hecha la paz establecióse el conde en Sevilla, donde cierto oidor jubilado, ya hombre proveyo tambien, prendándose de la cuñada de aquel, solicitó y obtuvo sin dificultad su mano.

Dos palabras sobre las dos hermanas: entrambas habían recibido la peor educación posible; para entrambas las nociones de lo bueno y de lo malo eran, al casarse, en parte erróneas, en parte completamente desconocidas; pero Laura, sentimental, débil de carácter, prendada de su propia belleza, y con una vanidad desmesurada, entró en el mundo mucho peor preparada que Inés, sencilla y candorosa, pero mujer de juicio recto y de sensibilidad moderada.

Por otra parte la transición, que para Laura fué violenta y repentina desde la miseria al fausto, de la abyección al sillal aristocrático, del malamiento al apogeo de la sociedad alta, para Inés tuvo lugar sucesiva y gradualmente, y á término menos distante del punto de partida.

Considérese, en efecto, lo que es de la niña huérfana y pobre en poder de la mancha de su padre primazo, después á sí misma abandonada, á la joven condesa, mujer de un Teniente general, bella por extremo, rica, elegante, rodeada de todos los prestigios del lujo y de la posición elevada, y en su calidad de esposa de un viejo, considerada por los seductores de oficio como blanco natural de sus iras, y se verá fácilmente cuántos mas riesgos la amenazaban que á la que humildemente entraba en el gran mundo, como satélite de su hermana, en segundo término, eclipsada por ella, con la modestia de la soltera, y que en fin se enlazaba con un hombre proveyo y no anciano, respetable pero no de opulenta ni brillante condición.

Como los antecedentes fueron las consecuencias; y aunque ya conocemos la catástrofe de la triste historia de Laura, nos permitirá el lector que para la mejor inteligencia de esta complicada narración, volvamos atrás la vista, y la fijemos en algunos pormenores de aquel lamentable suceso.

Éra el Conde uno de esos hombres que, por desdicha suya y no para la ventura de aquellos que les rodean, proceden en todo de extremo á extremo, cuando confiados, llevando la fe hasta el absurdo; cuando recelosos, infundados como los ateos. Casóse con Laura persuadido de que era un ángel, sin esperanza á la verdad de inspirarle amor, pues la rectitud de su juicio no consentía tan desentellada ilusión, pero seguro de ser de ella bien quisto y respetado, ya por gratitud, ya por efecto del buen natural y santa índole de la doncella. ¿Engañábase en la última suposición?—No por cierto; Laura, ya lo dijimos, era sentimental, débil y vana, mas no corrompida, no de malas inclinaciones: pero Laura no había amado aun entonces, porque la miseria y el odio á Milagros, y la aversión á Matilde, hicieron que hasta casarse robustara en hiel su corazón. Lo que sucedió, y el Conde debiera haber previsto, y acaso evitar pudiera con un grano menos de caballeresca confianza, fué que el ardiente de las adúlaciones trastornó aquella débil cabeza; y que, comparando su naciente belleza con la avanzada senectud de su esposa, se persuadió la hija de Vargas de que el Conde en vez de hacerse un beneficio inmenso sacándola del estado de abyección en que la había hallado, era un egoísta que sin misericordia enlazaba el lozano y hermoso vástago al ya caduco tronco.

No diré yo si con razon á sin ella, pero el hecho es que para la mujer la hermosura y la juventud son dotes de tal precio, que no hay sacrificio, caudal, ni adoración que las pague. Para ellas no hay mas aristocracia que la de la mucha belleza y los pocos años: eso les basta para que aspiren á las mas altas posiciones, y una vez conquistadas, se crean allí como por derecho hereditario, sin que nunca, ó pocas veces á lo menos, vuelvan atrás la vista, y mirar piadosamente se digan á quien les facilitó el camino.

Pero, aparte la filosofía, volvamos á nuestro eterno asunto.

El Conde introdujo á su esposa en la sociedad sevillana con toda

el lujo que su opulencia consentía, y en vez de ser cómplice de sus placeres, apremiábase á proporcionárselos. Banquetes y sarao ya en su casa, ya saeptados de otras personas; partidas de campo, continuos paseos á pié, en coche y á caballo; tonados y trages de suma elegancia; aderezos y joyas de gran precio, todo le sobraba á Laura, y la libertad, además, para gozar de todo. Acompañábala su esposo sin la menor sombra de recelo la invitaba á que en compañía de una amiga saliese. — Jamás hubo mujer tan complacida ni más libre que la del conde de San Justo; jamás beldad tan á la moda y tan interesante y continuamente festejada é incensada.

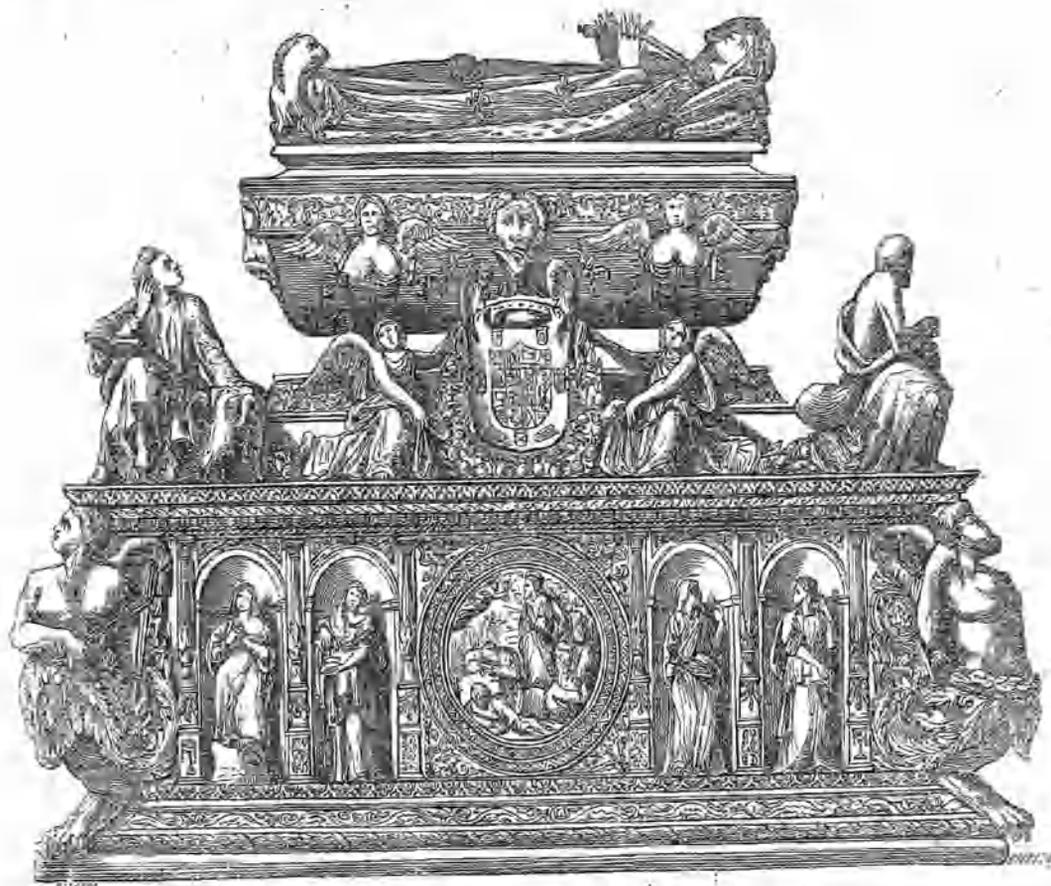
Durante algun tiempo, sin embargo, embriagada con los gocees esternos del gran mundo, Laura escuchaba las lisonjas, los cumplimientos, las galanterías y hasta las declaraciones de amor, con esa especie de vago sentimiento de placer ei, pero exento de interés, non que en el silencio de los bosques se oye el canto de los pintados pejarillos. Aun nó se había presentado ante su vista el ruseñor que había de nonoherveria con sus dulces melodiosas notas hasta lo más hondo del corazón.

Por otra parte, en su hermana Inés tenia una compañera utilísima, y un consejero que sin aspereza, sin pretensiones, y esclusivamen-

te guiada por el infalible instinto de virtud que á la Providencia plugu darle, acertó á preservarla, sin que acaso ni ella misma lo advirtiese, de mas de un lazo en que de otro modo quizá hubiere caído.

Tal era la situación de Laura, y arañaba de casarse lués con el oidor de Moron, marchando con su esposo á aquel pueblo, cuando fué destinado y llegó á Sevilla de guarnición el regimiento á que pertenecian Sotopardo, Mendoza y Almazan, entonces comandante y antes capitán de nuestro don Carlos el malo.

El tal Almazan era uno de esos buenos mozos que parecen cortados de una pieza, sin movimiento, sin flexibilidad en lo físico, sin poder simpático en lo moral. Su fisonomía de santo de retablo, sus maneras de elegante por fuerza, su vestir de modelo de sastre, su conversacion de pedante sin instruccion, y su carácter minucioso, lleno de cavilaciones, entrometido y chismoso, le hacian, cuando conocido, el mas insoporrible de los mortales. Gozaba, sin embargo, de gran reputacion de formalidad y buena figura en el mundo. ¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué? Porque sí, y no sabemos otra cosa. Los lutos, que somos los mas en este picaro mundo, se pagan del esterior atildado, de la compostura afectada, de la preñez de las frases, de lo lizo del tono, de lo grave del porte; y como los discretos desdeñan en general á los que tales prendas tienen, resulta que éstos, que con-



(Sepulcro de los Reyes don Felipe I y doña Juana en Granada.)

dan siempre de elogiar sus inclitas personas, acaban por usurpar en la sociedad un puesto que no les pertenece.

Almazan, además, poseía realmente el genio y las dotes malas y buenas (si alguna tiene que tal sea) del intrigante de visita y tertulia.

Siempre al corriente de las modas, de los espectáculos y de la música escandalosa; siempre vuelta la cara al sol nascente, y la espalda al astro pronto á eclipsarse; diestro en la observacion, avezado á la calumnia que no compromete, bordando los sucesos hábilmente hasta desfigurarlos por completo, haciendo propalar por otros las perillas que él inventaba; y en una palabra, sabiendo mejor que nadie *irar lo que muestra y esconder lo que muestra*, y así la ocasión por el cabello, aquel militar era un gran diplomático en toda la fuerza de la palabra.

Pero tenia una debilidad que hubo mas de una vez de perderle, y esa era la de creerse un seductor irresistible, y proceder en consecuencia. Mientras se limitó á la patrona en campaña, á la tendera y á la criada, en paz; y aun cuando hizo escursiones hasta el país de las *procuradoras*, *escribanas*, etc. etc., los triunfos y los reveses se compensaron, sin mas inconveniente en los últimos, que el del decaer del amor propio, ó el de retroceder ante el nudoso garrote de

algun mancebo de mercader inquietado en la tranquila posesion de su prosóica querida. Ya nos'ta dicho Sotopardo que el valor no era la prenda mas relevante de su antiguo capitán.

Pero al llegar á Sevilla el regimiento, viéndose ya gafe, se dijo Almazan que en adelante solo se dignaria fijar los ojos en aristocráticas belleras, y hallando, con razon, que la primera entre todas era entonces la condesa de San Justo, propúsose conquistarla, y no solo se lo propuso, sino que acometió la empresa de propósito deliberado y con ánimo resuelto, prodigando en ella todos los tesoros de su tocador, guardaropa, joyería, discrecion y gracias.

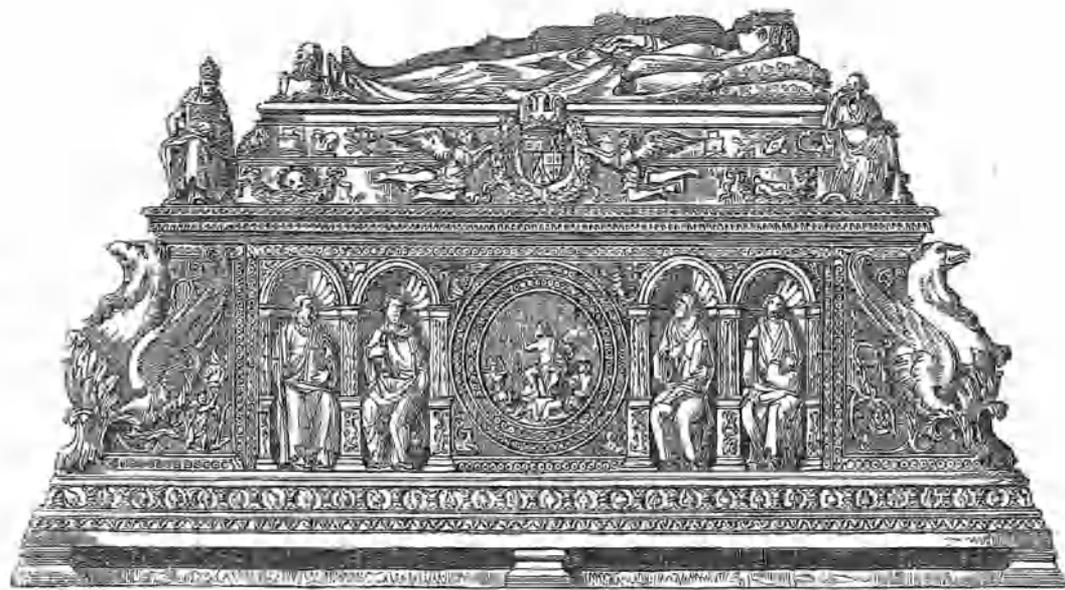
Sotopardo y Mendoza estaban á la sazón en la Corte, como ya sabemos.

Almazan se presentó en la palestra con todas las pretensiones, y no sin gran parte de la destreza de un campeón veterano, empezando por hacer la corte al anciano general, quien á pesar de la dureza y severidad de su carácter, era como todos los mortales, sensible al incienso de las lisonjas, y le admitió desde luego á su intimidad. Dado aquel primer paso, es decir, ya dentro de la plaza, restaba sin embargo por conseguir lo mas importante: apoderarse de la ciuda-

de la. Ser complaciente con la Condesa, aprobar cuanto decía, adivinaria los pensamientos, prevenir sus descomos, fuera del marido, había por lo menos hasta media docena de galanes que con perseverancia lo hacían: Almazan necesitaba hacerse necesario, y para ello tiempo, constancia y habilidad. Hagámosla justicia: ni flojó el tiempo, ni se mostró inconstante, ni fué inhábil: día por día y paso á paso iba ganando terreno lentamente; hoy vivo anuncio de espéctaculos; mañana tomando el palco en el teatro ó en los toros; por la mañana leyendo al general la Gaceta, por la tarde presentando el ramo de flores á la Condesa; ya temiendo el abanicó mientras la señora batía una contrabanza, ya abrigándola cuidadosamente al terminarse un violento vals. Amigo de la casa, acompañante del marido, factotum de la muger, su posición era envidiada por todos los aspirantes á Laura. Mas había, en efecto, por qué envidiarle? No lo creemos: Almazan sabía la táctica, pero ignorando la estrategia: sus movimientos eran precisos y geométricos, mas faltábale al conjunto de ellos para ser fecundo en resultados, la profundidad de las miras; faltábale á él para ser un seductor el genio, que es lo que les falta á los generales rubinarios para ser grandes capitanes. Así, pues, con todas las ventajas imaginables, á fuerza de improbo trabajo y de no pocas humillaciones conquistadas, consiguió al cabo hacerse necesario; pero como in-

strumento y nada mas que como instrumento de las diversiones de Laura. Su intimidad con ella era poco mas ó menos la de un ayuda de cámara favorito con su amo: todo prestigio, toda ilusión son incompatibles con situación tal; y Almazan, en resumen, ni era ni podía ser ya el amante de la condesa. Él, sin embargo, esperaba lo contrario, mas con resignacion, y llevando las cosas con gran despaño.

En tal estado de cosas, nuestro don Carlos de Mendoza, ya feliz esposo de la honradísima Matilde, se incorporó en Sevilla á sus estandartes. Milagros, por convenio mútuo, se quedó en Madrid recibiendo de su yerno, que como creemos haberlo dicho era hombre de algun caudal, una módica pensión, bastante á subvenir á sus primeras necesidades. No le era posible á la Gitana, por una parte, separarse de su bendito protector el fraile guerrillero, ni por otra, presentarse en Sevilla donde su juventud había sido sobradamente estrepitosa, para que dejase de haber algunas personas que pudieran recordarla. Matilde, además, modelo de amor filial como de castidad, estableció como base fundamental de todo trato entre ella y su madre, la separacion de casas y personas; de manera que, no solo la conveniencia, sino la necesidad también forzó á Milagros á que aceptase el partido que hemos dicho. Corta era la pensión de Mendoza, escaso el fraile en todo lo que no fuesen bendiciones é indulgencias;



(Sepulcro de los Reyes Católicos don Fernando V y doña Isabel, en Granada.)

pero como en cambio tenía gran favor en la corte, y ese lo empleaba de buena gana en obsequio de su penitenta, ella, que no carecía de habilidad en nada, se propuso explotar, y en adelante explotó en efecto, la inagotable mina de los pretendientes y perseguidos. A costa, pues, de las desdichas de unos, y á expensas de la ambición de otros, vendiendo la gracia y la justicia, la buena de Milagros se hizo una rentita mas que mediana, y bastanté á vivir con desahogo, y aun á poner á un lado algunas onzas para un apuro. Pero dejémosla por ahora ingeniar como pueda, y volvamos á Sevilla.

El conde de San Justo era un señor muy cumplido, es decir, uno de esos bienaventurados que no olvidan jamás la visita de cumplimiento, el retorno de la misma, las pascuas, el santo, los años, etc., etc. No llegaba, por tanto, á Sevilla persona alguna decente, y sobre todo de la clase militar, á quien conde y condesa no visitáran: Mendoza y su muger fueron comprendidos en la regla general. No estaban en casa cuando fueron visitados; tampoco hallaran á los Condes al pagarles la visita; y por consiguiente no tuvieron ocasión de verse las dos hermanas. Matilde sabía muy bien quién Laura era: mas la última ignoraba completamente la suerte de la

primera, y estaba muy lejos de sospechar que la linda recién llegada fuese la hija de Milagros. De saberlo no la visitara.

A pocos dias dió un baile el Conde, con motivo de ser el día de su cumpleaños: hizose la lista de convite por la de las visitas, y Mendoza y su muger, que en la postrera figuraban, fueron naturalmente incluidos en aquella.

Otra muger, al recibir la esquila de invitacion, protestando cualquier cosa, hubiérase excusado de asistir al baile; pero Matilde, que no era una persona de términos medios, y comprendía que no estaba en lo posible que ella y Laura residiesen mucho tiempo en una ciudad de provincia sin encontrarse al cabo, aceptó con gusto la ocasión de terminar de una vez sus dudas, aclarando las situaciones respectivas.

Llegada la noche del sermó prendióse con la sencillez que á la esposa de un simple capitán correspondia; pero con tan buen gusto en traje y tocado, que al entrar en los ricos salones de la Condesa, un murmullo general de admiracion acogió al matrimonio, que con ademán modesto se encaminaba á saludar al ama de la casa.

Laura, ocupada en aquel momento en hacer los honores de su fiesta á varias personas, volvió el rostro hácia la puerta, y figúrese

el leer cuáles serian su asombro y disgusto al reconocer en la mujer del capitán Mendoza nada menos que á su bastarda hermana. Todo su orgullo se reveló; todas las amargas memorias de su corazón se renovaron súbitamente en su corazón: sus plantas se fijaron en el suelo cual si hubieran echado raíces, y retirándose de sus mejillas la sangre, palideció espantosamente su bello rostro.

No sorprendieron á Matilde aquellos síntomas de mal agüero; contaba con ellos y había revestido su mas impenetrable coraza de impudor para hacerles frente.

Hizo, pues, como si no advirtiese que su primera ceremoniosa reverencia se quedaba sin respuesta, y soltando el brazo de su marido, acercóse á Laura, tomó su mano y dijo en voz baja estas palabras. «No nos conocemos: en este momento, por vez primera nos vemos; á entrambas nos tiene cuenta el silencio, y no será yo quien lo rompa.»

Recobrada Laura, y libre, con tales palabras, del sobresalto que naturalmente debía causarle el temor de que Matilde quisiera presentarse en la sociedad como su hermana, en un instante se puso sobre sí misma, y con no menos desembarazo que la mujer de Mendoza, hizo los honores de su casa cual pudiera á una señora completamente desconocida. Al dejarla en su asiento dijo, sin embargo: «Es preciso que hablen cinco minutos á solas para que nos pongamos de acuerdo.—Como V. quieto y cuando V. quiera, condesa (contestó Matilde sossegadamente): por mí estoy á las órdenes de V.—Mas tarde tendremos ocasion, repuso Laura: y separáronse así las dos hermanas.

Una vez convenidas en no reconocerse, parece á primera vista que entre aquellas dos mujeres todo estaba terminado: en realidad aconteció lo contrario; la guerra quedaba declarada, guerra sorda, subterránea, pero terrible, esterminadora, en que la calumnia había de reemplazar al escándalo, y el veneno al puñal.

¿Por qué tanta saña, encono tan cruel? Nada mas obvio y comprensible.

La presencia de Matilde era para Laura el recuerdo y renovación de su triste infancia y miserable juventud, y una amenaza constante para el porvenir; porque ¿cómo resignarse la altiva condesa de San Justo á reconocer por hermana á la hija de Milagros, y revelar á la sociedad, cuyo astro mas titilante era, que hubo un tiempo para ella de alyección y de hambre? Poco importaba que por entonces Matilde se absteniese de hablar: podía hacerlo cuando se le antojara: podía especular con su secreto, imponiéndose, por decirlo así, á Laura. ¿No había ya tenido la insolente audacia de presentarse en su casa?

Por lo que á Matilde respecta, desde que la razon comenzó á despuntar en su infantil cerebro, había odiado con toda el alma á las hijas lejitimas de su padre, por el solo hecho de ser lejitimas: la posición de Laura, infinitamente superior á la suya por inesperada que fuese la última, era otro motivo mas de envidia y saña para la esposa de don Carlos el bueno; y en fin, el recibimiento que la Condesa le hizo, debemos confesar que nada tenia de calmante ni de conciliador.

Separáronse pues, las dos hermanas con la sonrisa en los labios y lleno el corazón de ponzoña: Laura no tenia fuerzas para medirse cuerpo á cuerpo con Matilde y zumbó en el cabo.

Más por entonces todas las ventajas parecian estar de su parte, y la mujer de Mendoza dió una gran prueba del imperio que sobre sí misma ejercia, disimulando con perfeccion absoluta la honda envidia que su corazón devoraba al contemplar á Laura, no mas hermosa que ella misma, pero sí mas aristocráticamente hermosa, radiante de orgullo, deslumbrando con su riqueza, y eclipsando, en fin, á todas las demas bellizas de aquel sarao, como el sol eclipsa en el cielo á las estrellas.

Por demas cast está decir que Almazan, fiel á las obligaciones de su empleo de *valet de chambre* de la Condesa, la seguía como en sombra ya llevándola el abanico, ya el chat, ya la lista de las contradanzas prometidas.—Al contemplar tal asiduidad brillaron un momento los ojos de Matilde iluminados con gozo infernal: había creído que aquel hombre podía ser amante de Laura, y resolvió arrebatárselo y perderla además; pero á la media hora su infatigable femenino instinto la persuadió de que se engañaba.—«Ese hombre, se dijo, será cuando mas el confidente de Laura: amarle es imposible.»—Tenia razon: Almazan era un vehiculo inagotable de antipatia.

Sin embargo de aquella primera decepcion, el plan de Matilde quedó intacto; aquel no era el amante de la Condesa, pero ésta, casada con un viejo y lanzada en el torbellino del gran mundo, no podia menos de tener alguno (asi razonaba la hija de Milagros); y ese alguno no tardaría en presentarse, y en presentándose, con él se haria lo para Almazan antes dispuesto.

Ya sabemos que por entonces y hasta entonces Laura ni tenia ni había tenido amante: no negaremos que fuese ya materia dispuesta para amarosas aventuras; mas el hecho es que se hallaba todavía inocente y pura. No estaba lejos el instante fatal predestinado á su

ruina: pero no nos anticipemos á los sucesos, y prosigamos narrándolos por su orden.

Habíase comenzado el sarao á las ocho de la noche, y eran ya pasadas las once sin que le hubiera sido posible á Matilde, á pesar de toda su maligna perspicacia, señalar un hombre; fuera de Almazan, á quien la Condesa distinguiese de esa manera que, por mas que las mugeres pretendan ocultarlo, revela siempre que tienen interesados los sentidos cuando no el corazón.—«¿Será posible, se decía, que no tenga amante? Pues es preciso que lo tenga; y lo tendrá.»

Tales eran sus reflexiones, cuando Laura, que por su parte no la tenia olvidada, ni mucho menos, se le acercó con el aire mas amable del mundo, y tendiéndole graciosamente la mano, dijo:—«¿Quiéreme V. venir al tocador un momento, amiga mía? Me parece que el último vals le ha descompuesto los rizos, y es lástima porque le están á V. admirablemente.»

Levantóse la mujer de Mendoza, respondió con una sonrisa de eslinge y una cortesía á la francesa al lisonjero cumplimento del ama de casa, y tomando su brazo, siguióla en efecto á la pieza del tocador.

Allí, á solas, y en voz baja para no esponerse á ser oidas, pero con acento animado, tuvieron las dos hermanas media hora de conversacion para fijar sus respectivas posiciones. La lógica fria de Matilde triunfó sin dificultad del orgullo exaltado de Laura; era preciso tratarse ni mas ni menos que dos extrañas; las relaciones entre la mujer de un Teniente general y la de un Capitan de caballeria, no podian ni debian ser íntimas; pero tampoco era justo ni conveniente hacer á Mendoza de peor condicion que á los demas de su clase y calidad. Ambas estaban interesadas en callar. ¿Qué mas garantía para cada una de ellas de ser tratada con miramiento y consideracion? Si alguna era tan imprudente que á la otra provocase, no tendrían por qué quejarse de las consecuencias. La fortuna la había colocado en la situacion de dos hombres, cuyas manos debieran cacadenadas una con otra, empuñasen dos espadas, teniendo cada cual de estas la punta inmediata al pecho del compañero: cualquiera de ellos que intentase herir, se castigaria hirriéndose irremisiblemente.

Tales fueron, en resumen, las razones de Matilde, á las que no hubiera encontrado Laura cosa racional que replicar, cuando no se convenciera: pero convencida y quedando tranquila, volvió al salon dando el brazo á Matilde, y dispuesta á vana si lo menos posible, pero á veja sin temor ni sobresalto.

La hija de Milagros salió del tocador como en él había entrado, con firme propósito de aniquilar á su legítima hermana.

Todavía no se habían separado aquellas dos ejemplares hermanas cuando vieron entrar por las puertas del salon á un capitan joven, elegante y de varonil aspecto, cruzado de Alcántara, y á quien hasta entonces la Condesa no había visto en su vida.

Matilde, á pesar de su habitual espolmo, no pudo al ver al recién llegado reprimir un movimiento de sorpresa; que la Condesa habiera advertido á no haberle llamado la atencion el mismo personaje tan poderosamente que á él solo miraba.

Era aquel hombre don Carlos de Sotopardo, entonces en todo el vigor de su juventud, y lleno de ese poder magnético que solo alcanza á inspirar las grandes pasiones.

¿Cómo se hallaba en Sevilla y en el baile del conde de San Justo? Brevemente lo diremos.

(Continuará.)

PATRICK DE LA ESCOUSA.

## DIOS Y EL HOMBRE. (1)

¡Mirad al hombre! Del tupidó velo  
Que á la naturaleza envuelve inmensa,  
Levanta apenas con incierta mano  
Un extremo no mas, ya lúso piensa  
Que toda la amplitud de tierra y cielo  
Estrecha viene á su saber, y ufano  
Erige andaz á su razon mezquina  
Tribunál soberano,  
Citando ante él á la razon divina.

—«¿Quién eres? dice á Dios. ¿Cuál es tu esencia?  
¿Por qué naturaleza no lo esoltes?  
Sus leyes estudió ni inteligencia.

(1) La lectura del libro de Job inspira la idea de escribir este espolmo. En su seno, que contiene tales enseñanzas de los pensamientos é intenciones que en él se hallan, á las alusiones á algunas del libro sagrado.

Y en ellas nada de tu ser me indica  
 La inefable substancia,  
 Ni de tu decantada providencia  
 Los designios profundos. ¿La ignorancia  
 Será quien deba tributar culto,  
 Y al genio siempre y á la ciencia oculto,  
 Dejarás en problema  
 Ante sus luces tu verdad suprema?»  
 «Origen te proclaman  
 Del orden y del bien, y cuanto veo  
 Es desorden y mal. Justo te llaman,  
 Y me consume estéril el deseo  
 De comprender de tu justicia oscura  
 La marcha silenciosa.  
 En balde por tu gloria te conjura  
 Mi mente, codiciosa  
 De la eterna verdad, que tus arcanos  
 Le descubras sublimes:  
 Sordo te encuentran mis clamores vanos,  
 Y ni en las obras de tu diestra, mudas,  
 El sello augusto de tu nombre imprimes,  
 Cual si gozases en mirar las dudas  
 Luchar del hombre en el inquieto seno,  
 Tú, que te llamas poderoso y bueno!»

«No más, no más en ignorancia ciega  
 Adoraré rendido  
 A un Dios desconocido  
 Que á concordar con mi razon se niega.

Si no eres vano nombre  
 Haz que yo sepa sin tardar quien eres;  
 Pues nace altivo, inteligente el hombre;  
 Y si su amor y su homenaje quieres,  
 Debes hacer que su razon lo mande,  
 Al verte amable, al comprenderte grande.»

Así al saber supremo  
 Dicta leyes su hechura limitada,  
 Y de bondad por inefable extremo,  
 Para curarla de su orgullo infando,  
 Así confunde á la razon osada  
 Allá en su propio seno resonando  
 Aquella voz que fecundó á la nada.

«Tú, que cuenta me pides  
 De mis hondos designios, tú que dudas,  
 Si á tu razon se esconde,  
 De mi propia existencia, tú que mides  
 Mi justicia eterna, y en mis dominios  
 Juzgas del orden y del bien, ¿responde  
 Tus sábios, tus astrónomos profundos,  
 ¿Podrán decir cómo hago inalterable  
 La eterna ley, que de infinitos mundos  
 Que corren el espacio inmensurable,  
 El movimiento y curso determina,  
 Sin que choquen jamás en rudo encuentro,  
 Y por qué los fecunda é ilumina  
 Encadenado un sol en cada centro?»

«;Loco mortal, á quien hinchado miro  
 Del prestado poder que de mí tienes!  
 ¿Puedes del Orion turbar el giro,  
 Ó á las brillantes Pléyadas detienes?  
 ¿Puedes siquiera conocer la tierra  
 Que desdenoso huellas? ¿Quién su base  
 Describirte sabrá? ¿Quién hay que tase  
 Los tesoros que encierra...?»  
 Un imperio tras otro desaparece,  
 Y mil generaciones  
 Pasan por ella, y en su seno se hunden:  
 Ella sola no cambia ni envejece,  
 Y sus preciosos dones  
 Con orden inmutable se difunden  
 Por las varias regiones  
 Que fertiliza el sol. Aquí presenta  
 Prados herbosos, selvas primitivas;  
 Allá el capricho de su fuerza ostenta  
 En colinas altivas,  
 que decora con rasgos pintorescos;  
 Allá borda de valles las honduras,

Mas acá ofrece los asilos frescos  
 De grutas silenciosas;  
 Ora se estiende en plácidas llanuras;  
 Ora se ensancha en playas arenosas;  
 Allí se muestra en sotos y florestas,  
 Acá en bosques sombríos,  
 Y allá ostentando sus potentes bríos  
 Encumbra montes de nevadas crestas.

¿Qué paternal desvelo,  
 Qué sábia providencia,  
 Con tal magnificencia  
 Dotó al grosero y despreciado suelo  
 De ese globo que habitas?  
 ¿Quién lo sembró de vírgenes metales?  
 ¿Quién lo cubrió de especies infinitas  
 De útiles vegetales  
 Apropriados á climas diferentes?  
 ¿Mira mecer las palmas y las cañas  
 Las brisas de los trópicos ardientes,  
 Mientras en selvas y ásperas montañas,  
 Resistiendo al teson de vientos fieros,  
 Negros abetos, pinos seculares,  
 Se levantan austeros  
 Bajo los crudos círculos polares.

«¿Quién te dirá cómo del hondo seno  
 Que mi espíritu henchía,  
 Brotó con voz de trueno  
 La mar amenazante,  
 Y cómo yo de nieblas la cubría  
 Cual envuelve la madre al tierno infante?  
 Alzó arrogante la espumosa frente  
 Robando al sol fulgentes aureolas;  
 ¿Mas quién se halló presente  
 Cuando la dije: tu soberbia enfrena  
 Y á romper vé tus atronantes olas  
 En aquel dique de movable arena?  
 ¿Sabes por qué, vapores incesantes  
 Que recoge la atmósfera encendida,  
 De ese su seno líquido se exhalan,  
 Y en las nubes flotantes  
 La masa de las aguas suspendida,  
 Solo descende al suelo gota á gota  
 En bienhechora lluvia convertida;  
 Mientras de las altísimas montañas  
 Se precipita en rápidos torrentes,  
 Penetra de la tierra las entrañas,  
 Y formando con linfas trasparentes  
 Arroyos mil y ríos caudalosos  
 Recorre murmurando el campo verde  
 Con giros tortuosos,  
 Hasta volver al mar en que se pierde?»

«;Juez de mi providencia, que me intimas  
 Su imperfección y que mi plan corriges!  
 ¿Eres tú quien diriges  
 Segun conviene á los diversos climas  
 Los vientos voladores,  
 Y á dispar mefíticos vapores  
 Lanzas al rayo, que estallando dice  
 Con su hórrido estampido,  
 ¡Gloria, Señor, ya estás obedecido!  
 ¿Coronada de flores  
 Sale á tu voz la primavera hermosa  
 A preparar la tierra que reposa  
 Del abrasado estío á los ardores?  
 ¿Ó acata, acaso, tu poder visible  
 El invierno aterido,  
 Haciendo le preceda  
 Con orden infalible  
 El otoño de pámpanos ceñido?»

«;A las linfas saladas  
 Y á las ondas insípidas del río,  
 Lanzaste las especies animadas  
 Con variedad que pasma al pensamiento,  
 Y á cada cual con diligente mano  
 Preparaste sustento...?»  
 ¿Por tí, de aceite saludable llena,

Se agita entre el hervor del Oceano  
La colosal ballena?  
¡Mira cuál brota de sus ojos llamas  
Si la distancia de la presa mide!  
¡Mira si airada heriza las escamas  
Montes alzar en ecuóreo llano,  
Y si con lento paso lo divide  
Darle de la vejez el color cano!

Por las libres regiones  
Del aire que respiras,  
¡Esparces con tu diestra creadora  
Las volubles legiones  
De tantas aves que indolente miras?  
¡Les concediste tú la voz canora?  
¡Te deben los instintos  
Porque se multiplican y alimentan,  
Y los colores vividos que ostentan  
En matices distintos  
Sobre el esmalte de sus leves plumas;  
O es tu saber quien guía  
A las que al ver las invernables brumas  
Dejan del norte la region sombría,  
Y atraviesan el mar tras los ardores  
Del refrulgente sol del mediodía?

Mira cómo desprecia los furoros  
Del caprichoso viento  
El águila real: las soledades  
Surca del Eter: en sublime asiento  
Para el vuelo atrevido,  
Y entre nubes que envuelven tempestades  
Labra el robusto nido,  
De la desierta roca  
En las ásperas puntas suspendido;  
Mientras el avestruz, de pluma poca,  
Que nunca se alza á la region vacía,  
Por otro instinto poderoso y cierto  
Su cara prole fia  
A la infecunda arena del desierto.

»Un momento contempla  
De los brutos la inmensa muchedumbre:  
En ninguno verás que falte ó sobre  
Un miembro necesario.  
Estos de imponderable mansedumbre,  
Aquellos de carácter sanguinario,  
Timidos unos, otros atrevidos,  
Pesados unos, otros diligentes,  
Todos están armados y vestidos  
Cual requieren sus usos diferentes,  
El destino especial que les señala  
Y el clima y el lugar dó los instalo.  
No por tus artes enseñado ha sido  
El castor industrioso:  
Ni el corcel generoso  
Que sufre lo domines,  
Te debe aquel valor con que, al sonido  
De la trompa guerrera,  
Sacudiendo las crines,  
La nariz dilatando,  
Se lanza al campo en rápida carrera,  
De espuma y de sudor huellas dejando.

»Cuanto tu vista admira  
Y cuanto puede concebir tu idea,  
Es átomo mezquino  
Del Universo en el grandioso seno;  
Mas tú, ¡mortal! que de mi ser divino  
Inquirir osas, de arrogancia lleno,  
Secretos inefables, confundida  
Verás por las partículas mas leves  
Tu razon desvalida,  
Si á analizar ese átomo te atreves.  
De la naturaleza que presumas  
Iluso conocer, el ser mas pobre  
Comprender y explicar quieres en vano:  
Esa flor que te brinda sus perfumes.  
Ese mosquito que aplastó tu dedo,

Ese que huellas, misero gusano,  
¡Misterios son en que abismarte puedo!

¡Y no eres un abismo,  
¡Oh átomo pensador! para tí mismo?  
Naturaleza doble, en tí se encierra:  
De un rayo de mi mente iluminado,  
Eres rey de la tierra,  
Y de esa tierra misera formado.  
Materia deleznable  
Y espíritu soberbio,  
Grande y pequeño, fuerte y miserable,  
Suspense entre la nada  
Estás y el infinito,  
Y en tu razon tan pobre y limitada,  
Llevas angusto privilegio escrito.

Trémulo ante tan grandes maravillas  
Que entrever logra tu asombrada mente,  
Dobla ¡Mortal! sumiso las rodillas  
Prosternando la frente,  
Y acatando rendido  
De mi sapiencia el insondable arcano;  
Mas no alcés atrevido  
Hasta mi trono el pensamiento insano;  
Que aunque el astro de fuego  
Su luz te envía en rayos bienhechores,  
Si le osas contemplar quedarás ciego,  
Sombras no mas hallando en sus fulgores.

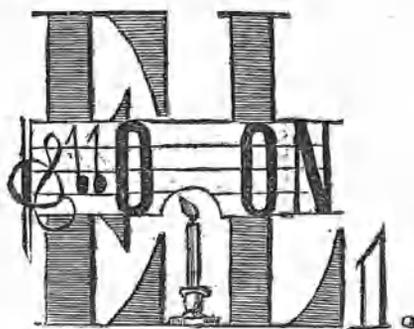
En tu alma de mi Ser grabé la idea,  
Y rindiendo á su autor digno homenaje  
Naturaleza emplea  
Universal, magnífico lenguaje.  
De un polo al otro en sus miserias claman  
Los hombres á su Dios, el cielo,  
Las noches y los días,  
Mi poder y bondad do quier proclaman,  
Y mi nombre preludian en el suelo  
Multitud de armonías  
Que ofuscan, sí, de tu razon el brillo,  
Y confunden tu ciencia;  
Mas para el corazon tienen sencillo,  
Poderosa elocuencia.

Es mi nombre ¡El que es! que confundido  
Ante el misterio de tan alto nombre,  
Entre esas obras de mi augusta diestra  
El humano saber calle y se asombre,  
Pues su ciencia mayor alcanza y muestra  
Al conocer su pequeñez el hombre.

—1842.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

GEROGLIFICO.



ADVERTENCIA.

En las oficinas del SEMANARIO se compran por el precio de la insercion (56 res-  
les) los tomos que se presentan de los años 4856, 58, 48 y 49, siempre que estén  
en estado de volverse a vender; los tomos de 1859 que costaron 56 rs.; SE PAGAN  
A CINCUENTA.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION,  
á cargo de D. G. Alhambra.